**Borja de Riquer i Permanyer**

# Sobre la corrupción política

En España se ha producido "la captura del Estado por los grandes grupos económicos" y "las élites se han atrincherado dentro del Estado hasta convertirlo en baluarte de sus intereses". Estas contundentes afirmaciones no han salido de la boca de ningún político durante la última campaña electoral, sino que han sido pronunciadas por prestigiosos especialistas en el I Congreso de Historia de la Corrupción Política en la España Contemporánea, celebrado en Barcelona los días 14 y 15 de este mes. Fue un encuentro interdisciplinario –historiadores, politólogos, economistas, penalistas, etcétera– dedicado a poner en común los conocimientos que uno tiene sobre este preocupante fenómeno.

Aunque no faltó la comparación con los análisis de los historiadores europeos, el objeto esencial del encuentro era el estudio de las prácticas corruptoras en España desde los inicios del liberalismo –en las Cortes de Cádiz ya se denunciaron– hasta la actualidad, pasando por el régimen de notables y caciques del siglo XIX y las dos dictaduras del siglo XX. La diagnosis sobre la situación actual no fue optimista: si bien no se puede decir que esté generalizada, la corrupción es sistémica en algunos sectores, como la contratación pública –que significa un tercio de las condenas judiciales–, el urbanismo y la concesión de subvenciones. Y como es bastante sabido, la mayor parte de los recursos sustraídos por procedimientos corruptos van destinados a la financiación de los partidos políticos. La debilidad de los mecanismos de control de la actuación de políticos y funcionarios, y la escasa exigencia de dar cuentas de la gestión, permite que la corrupción hoy se localice sobre todo en el ámbito local –41% de las denuncias–, autonómico –4%– y estatal –27%–, aunque por su volumen económico es mucho mayor en esta última administración.

En el congreso se analizaron las estrategias corruptoras de diferentes grupos económicos –desde la Banca Rothschild a Juan March, pasando por las Minas del Rif–, y también la implicación de los monarcas en prácticas corruptas –Fernando VII, la regente María Cristina de Nápoles, Isabel II y Alfonso XIII–. En la sesión de clausura Angel Viñas denunció la corrupción sistémica del régimen franquista y dio datos sobre la fortuna acumulada por el dictador y los procedimientos que utilizó.

También se debatió sobre la historia de la persecución penal de la corrupción y las dificultades que siempre han existido para convertir en delitos los abusos de políticos y funcionarios. Se analizaron las trabas puestas en la persecución y condena de los corruptos y de los corruptores, a causa del escaso interés de los gobernantes por establecer una justicia rápida y eficaz. En este terreno, es significativa la tendencia de los políticos a hablar mucho más de administración de justicia que de poder judicial, hecho revelador de las apetencias de influir en su funcionamiento, buscando dificultar su independencia.

> En España la corrupción es sistémica en sectores como la contratación pública, concesión de subvenciones y urbanismo

DANI DUCH

Fueron ilustrativos los datos aportados por Manuel Villoria sobre la relación entre la desafección de los españoles hacia el actual sistema democrático y la sensación de corrupción generalizada. En sólo 10 años la satisfacción política –la confianza en las Cortes, el Gobierno y las instituciones– ha bajado en España más de 30 puntos, situándose muy por debajo de la media de la Unión Europea. La actual percepción ciudadana es que en España la corrupción es muy alta: en el año 2017 así lo valoraba el 94% de los españoles, cuando la media europea es del 68%. Esta gran diferencia es resultado del sentimiento mayoritario del gran incremento de la desigualdad social a causa de las políticas anticrisis económica, de la protección gubernamental a los intereses bancarios y de la ampliación de la corrupción. No nos debemos extrañar de estas percepciones si resulta que gobierna España el partido que está involucrado en más casos de corrupción de toda Europa.

Los debates interdisciplinarios permitieron detectar cuestiones que requerirían respuestas bien argumentadas: ¿hasta qué punto la corrupción ha sido un elemento que ha dificultado la democratización española? ¿Qué ha supuesto para el actual régimen democrático el hecho de que durante la transición no se exigieran responsabilidades a los políticos, funcionarios, jueces y empresarios corruptos? ¿Cuáles han sido los costes económicos de la corrupción? ¿Ha significado un factor de retraso al mermar considerables recursos públicos? ¿Podemos hablar de la existencia de un neocaciquismo a nivel local configurado en torno a la corrupción? ¿Hay en la sociedad española una cultura de tolerancia con la corrupción? ¿Por qué la denuncia y la condena penal no siempre castigan electoralmente a los políticos corruptos?

Como se puede ver, los especialistas tenemos todavía mucho que investigar y que debatir. Pero si se quiere acabar realmente con esta lacra tan arraigada y nociva este es un reto que afecta al conjunto de la ciudadanía.●

**Laura Freixas**

# Desintoxicarnos

Hace cinco años escribí por primera vez sobre la independencia. Dije que estaba en contra. Fue en estas mismas páginas, el 13 de septiembre del 2012, bajo el título "Reflexiones aguafiestas". Hoy, cinco años después, no sólo intuyo, como entonces, que la independencia nos convertiría en un país más pobre, provinciano, débil, xenófobo, sino que tengo pruebas: la fuga de empresas, el nulo apoyo europeo, el ejemplo del Brexit... Pero además, hoy podemos hacer balance de adónde nos ha llevado el proceso que debía conducirnos a ella. Será culpa de quien sea, pero lo cierto es que, cinco años después de aquella primera manifestación masiva de la Diada que puso en marcha el *procés*, estamos más enfrentadas y divididos que nunca. Nos hemos empobrecido socialmente, culturalmente, económicamente, y no sólo no hemos obtenido la independencia, sino que hemos perdido la autonomía. Hoy, el programa de los partidos independentistas se reduce a intentar recuperar lo que teníamos antes de este desastre.

Llegados a este punto podemos hacer dos cosas. Una: continuar. Material no nos falta: al viejo problema político se añaden ahora nuevos y complicadísimos problemas judiciales, jurídicos, diplomáticos, reglamentarios, y a la lista de agravios que nos tirábamos a la cabeza (que si el 6 y 7 de septiembre, pues anda que el 1 de octubre; que si la sentencia del Estatut; que si no queréis negociar; que si vaya negociación lo de "o referéndum o referéndum"; que si los nuestros están en la cárcel, que si la nuestra tiene que llevar escolta...) se pueden sumar otros nuevos cada día.

Bien, no sé ustedes, pero yo estoy harta. Y no voy a perder un minuto más debatiendo, por ejemplo, si un president puede presidir Catalunya por teléfono, e-mail, Skype, holograma, o convirtiendo las sesiones del Parlament en sesiones de espiritismo para aparecerse en forma de ectoplasma.

De modo que voy a hacer otra cosa: una cura de desintoxicación. Primero me voy a ir al cine (dos estupendas películas que acabo de ver: *Alanis*, sobre una prostituta argentina, y *Demasiado cerca*, una especie de Ken Loach ruso, me han recordado que existen otros mundos más allá de Catalunya), luego de vacaciones, y a mi vuelta me dedicaré a otros temas, como el de la precariedad, que me importa mucho porque tengo una hija y un hijo a punto de entrar en el mercado de trabajo. Respecto de Catalunya... necesito un respiro.●

**Pilar Rahola**

# 'Demos' y 'kratos'

Recuerdo poco de mi año de griego, más allá de la curiosidad por el origen de muchas palabras y de intentar en vano traducir algunas páginas de la *Ilíada*. Pero me queda intacta la pasión por los clásicos, hasta el punto de que cada verano retorno a la Bernat Metge para bucear entre griegos y romanos. Nunca decepcionan, quizás porque no hay nada más moderno que lo clásico.

De aquellas viejas clases de griego me quedó lo del *demos* y el *kratos*, los dos vocablos que dan sentido a la palabra democracia. Es decir, el pueblo y el poder o, dicho en propiedad, el poder del pueblo.

Por mucha evolución del concepto a lo largo de los siglos, permanece intacta la idea original: la democracia es el sistema político que sitúa el poder en la ciudadanía y de ella emana la representación pública.

Cualquier vulneración severa de ese principio jerárquico, de abajo arriba, quiebra su esencia.

¿Habrá estudiado griego Rajoy? Quién sabe, pero si lo estudió no lo entendió. Ni él, ni Pedro Sánchez, ni el resto de amigos del festín del 155, obcecados en mantener una estrategia de represión sistemática como único lenguaje político, al tiempo que desprecian los resultados electorales. ¿En qué democracia solvente se ha visto que un dirigente político convoque forzadamente unas elecciones, las pierda sonoramente y las ignore alegremente? Y con el ignorar, añada el gobernar por encima de la voluntad ciudadana, en una vulneración tan severa de la democracia que la cosa pierde el nombre para adquirir su reverso.

> Convocaron las elecciones para destruir a sus adversarios y, fracasado el intento, las ignoran

Catalunya ha dicho no al 155, un no rotundo e inapelable. Y, sin embargo, tanto el PP como el PSOE, a tenor de las declaraciones de los Zoidos y los Ábalos, y a tenor de las decisiones tomadas después del 21-D (mayor asfixia económica de las cuentas de la Generalitat, persecución de ediles por delitos de opinión, uso del Tribunal de Cuentas para perseguir la acción del Govern, inicio de una causa general contra Catalunya, amenazas de toda índole, etcétera), parece claro que las elecciones sólo las convocaron para destruir a sus adversarios y, fracasado el intento, las ignoran de la manera más soez.

Señor Rajoy, señor Sánchez, ¡perdieron! Hicieron el intento de preguntar a los catalanes y la respuesta fue clara: la represión no es la vía, los líderes políticos no deben ser encarcelados, no queremos el 155, volvamos a los cauces del respeto institucional. Hubo, pues, democracia, pero viendo la reacción de los dirigentes españoles, parece claro que fue utilitaria, usada para acallar las voces discordantes y no para escuchar al pueblo. Y cuando el mensaje no gustó, la ignoraron.

¿Ese va a ser el método, despreciar los resultados electorales, imponer el poder autárquico por encima del poder ciudadano, mantener el velado estado de excepción en el que estamos? Valiente estafa la suya, apelaron al *demos*, pero en realidad sólo querían imponer el *kratos*.●